

--- ETERNA TARDE GRIS ---

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”. Mario había leído estas primeras líneas de tan magna obra en decenas de ocasiones. Hoy era uno de esos días. La tarde, gris, fría y taciturna, le resultaba especialmente agradable. Eran aproximadamente las ocho de la tarde de un tranquilo martes y comenzaban a caer las primeras y tímidas gotas de lluvia del otoño. El sol ya se había ocultado y su pequeño salón se encontraba únicamente iluminado por una vetusta lámpara flexo.

Mario era por naturaleza una persona algo solitaria y fantasiosa, por lo que ya desde pequeño tuvo claro que quería ser escritor. Había escrito un libro hasta la fecha que, si bien fue publicado por una importante editorial con relativo éxito de crítica, no le había reportado, ni mucho menos, los réditos económicos que él, en sus fantasías, había esperado conseguir. Este hecho le obligó a trabajar los fines de semana en la sección de libros de un gran centro comercial de la ciudad. No le importaba. Gracias al mismo, había podido inspirarse en más de una ocasión para sus relatos. Desde hacía aproximadamente tres semanas se encontraba escribiendo su segundo libro aunque, desgraciadamente, no estaba encontrando demasiada inspiración.

Hoy tampoco se sentía con la suficiente inspiración como para escribir nada interesante, por lo que optó por perderse de nuevo en la lectura de *El Quijote*, el cual siempre le había ayudado a encontrar luz literaria. Admiraba la forma en que Don Quijote se enfrentaba al mundo, un mundo distorsionado que, sin embargo, nunca parecía impedirle luchar lo que se había propuesto. Tal vez el resto del mundo estuviese equivocado y fuese Don Quijote el que percibiese la realidad tal y como era. Ahí radicaba, según su opinión, la grandiosidad de la obra y era esa dualidad a la que siempre acudía en busca de socorro cuando las ideas no le visitaban.

Le resultaba igualmente fascinante que el origen de la descomunal fuerza y voluntad de Don Quijote tuviese como causa el amor de una mujer. Mario, sin

embargo, nunca se había sentido tentado a comenzar una relación seria con ninguna chica. A sus veinticinco años, no se le conocían más que un par de escarceos amorosos que no habían durado más que pocas semanas. Su timidez tampoco le ayudaba a relacionarse con el género femenino algo que, si bien antes no le importaba en absoluto, ahora había comenzado a apremiarle. Mario permaneció aproximadamente una hora y media con el libro abierto entre sus manos aunque, a decir verdad, no había leído demasiado. Únicamente pensaba en la sensación de sentirse acompañado por alguien con el que pudiese compartir su vida, sus aspiraciones e incluso sus miedos, que no eran pocos. Esta meta la veía inalcanzable en el pequeño mundo de aislamiento y fantasía que se había construido lo que, poco a poco, le consumía desesperadamente.

Abatido, posó El Quijote sobre la pequeña mesa de madera que se encontraba a su derecha y en la que descansaba el flexo de luz, cerró los ojos y comenzó a soñar despierto. Estaba cansado, anclado al sillón, sin ganas ni fuerzas de levantarse, pero finalmente abrió los ojos, giró su cabeza a la izquierda y comenzó a mirar por la ventana. Las vistas no destacaban por su belleza, simplemente se podía observar una calle con los edificios de viviendas que se encontraban enfrente. No obstante, para Mario era un universo infinito de innumerables ventanas, portales, pequeñas cafeterías y tiendas de barrio donde cientos de desconocidos cruzaban sus vidas de forma diaria.

De pronto, prestó atención a una joven que se disponía a entrar a una pequeña librería. Se levantó y se acercó a la ventana para verla con mayor detalle. Era alta, de cabello largo y moreno, y vestía con una camiseta azul y unos pantalones vaqueros. Sin duda, la lluvia, que ahora caía con mayor intensidad, le había cogido por sorpresa, puesto que se encontraba totalmente empapada. Le pareció preciosa a simple vista, allí, desde el poder del anonimato que le daba observar tras una ventana situada en un tercer piso. De pronto, comenzó a imaginarse cómo sería viajar con ella, descubrir nuevos lugares juntos y hablar hasta que, sin tener nada más que decirse, cayeran dormidos. Desechó la idea rápidamente por irreal, se recompuso y se sentó de nuevo en el sillón, más exhausto y desanimado que nunca.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

